



LOS GRANDES CUADROS DE
LOS MUSEOS ESPAÑOLES.
"Carlos V." cuadro del Tiziano.
(Museo del Prado).

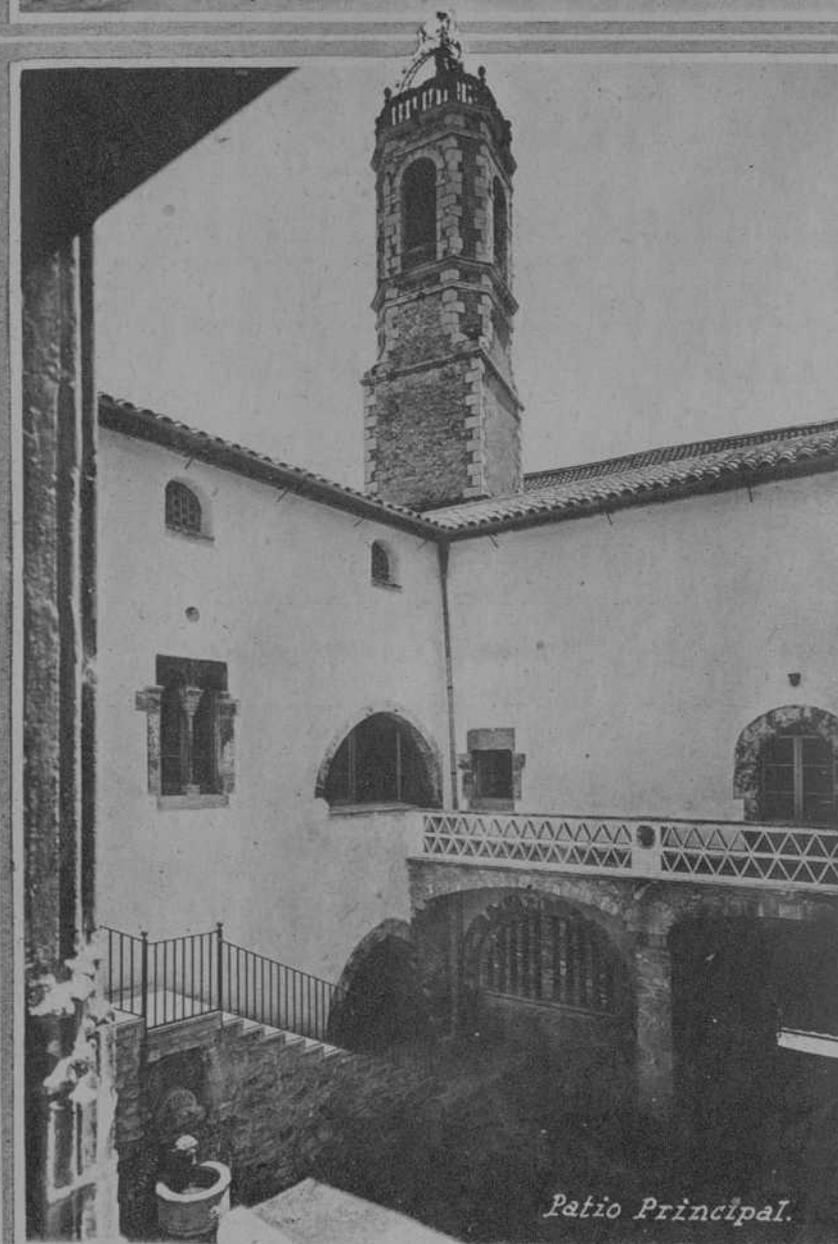
(Fot. N. Portugal. Archivo J. Laurent. C.ª. Madrid)



Fachada principal.

El Castillo de La Geltrú.

Fue alzado este castillo en el siglo XII, añadiéndosele nuevos elementos conforme las necesidades militares de los tiempos. Era el castillo de Vilanova, villa estratégica. Hace unos ocho años, fue restaurado por el arquitecto señor Martorell.



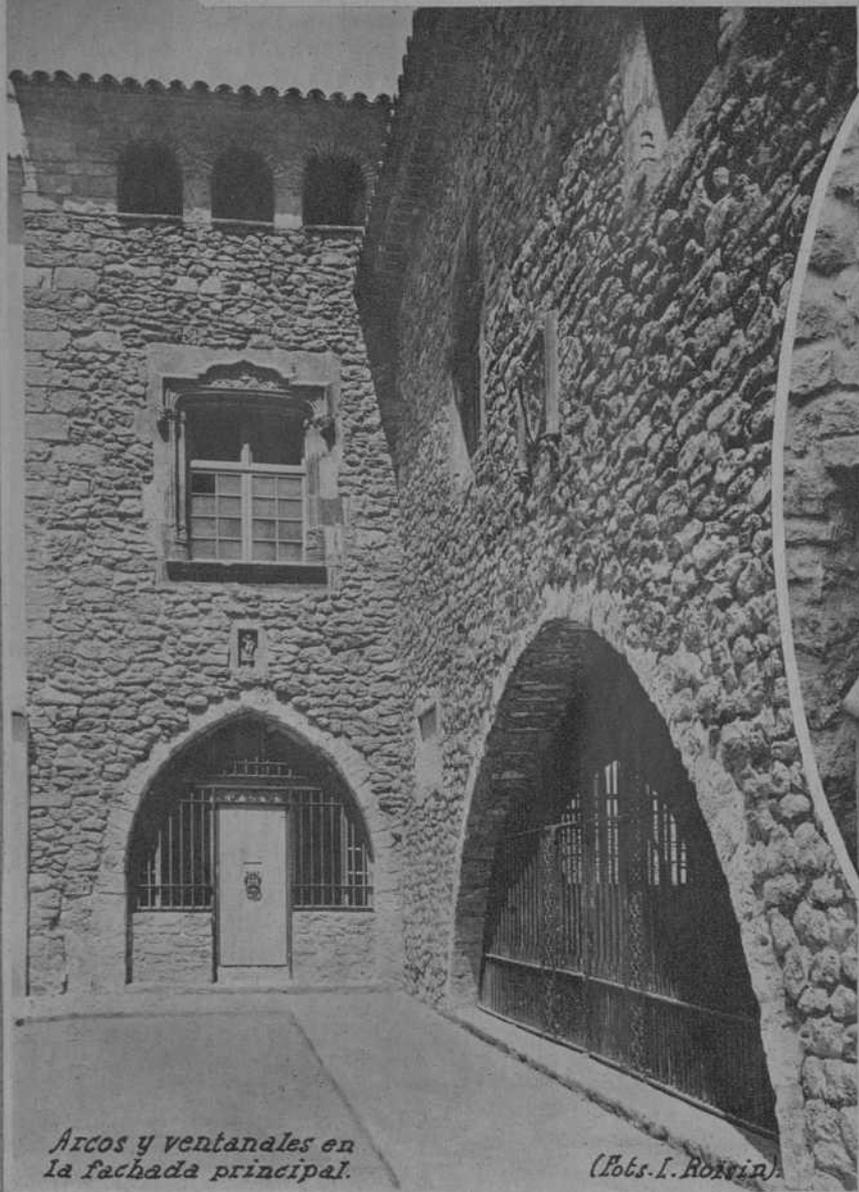
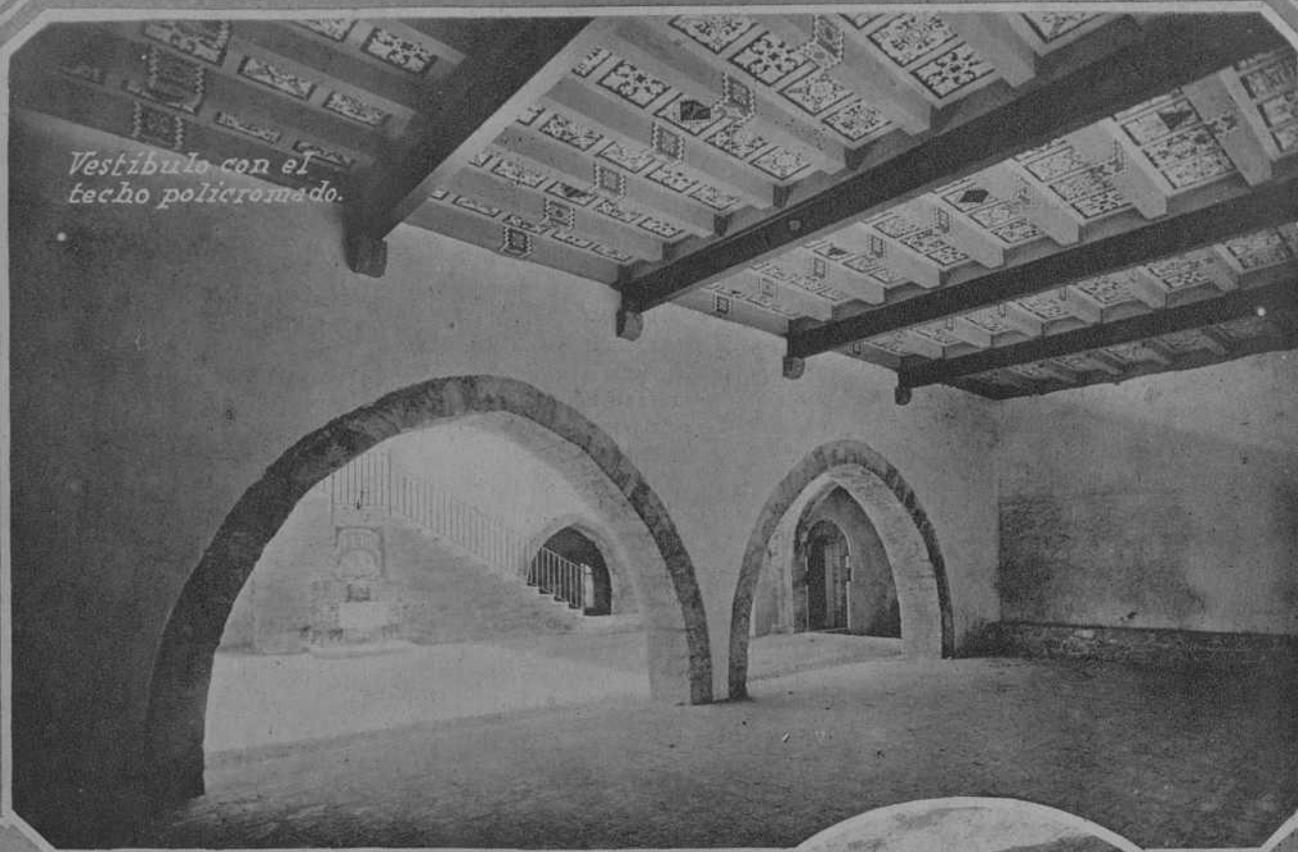
Patio Principal.



Ventanal con arcadas del siglo XIV.

(Fots. L. Roisin)

*Vestíbulo con el
techo policromado.*



*Arcos y ventanales en
la fachada principal.*

(Fots. I. Roxin)



*Fuente en el
patio.*

*El Castillo de
La Geltrú.*

El Real Sitio de Aranjuez.

Felipe II comanzó los jardines de Aranjuez, pero fue la monarquía borbónica, con Felipe V, Fernando VI y Carlos III, la que puso, aprovechando el Tajo, junto a las arideces Manchegas, un reflejo de las elegancias de Versalles. Aranjuez, es una maravilla, y también como el Versalles de hoy, tiene el encanto de la grandeza envejecida.



La casa del Labrador.



Vista general del Tajo y del Parterre.



Entrada principal del Palacio real.



Fuente de Narciso.



Pabellones de la lisa, en el jardín del Príncipe.



Fuente de Hércules, en los jardines de la isla.

(Foto N. Portugeth-Archivos J. Laurens - M. Madrid)

La siega del arroz en los campos de Tortosa.

La agricultura de Cataluña es tan variada, que todos los productos tienen en ella su cosecha. Llegado el verano, las tierras tortosinas, presencian la siega y la batida del arroz, como las de Valencia.



Siega del arroz.

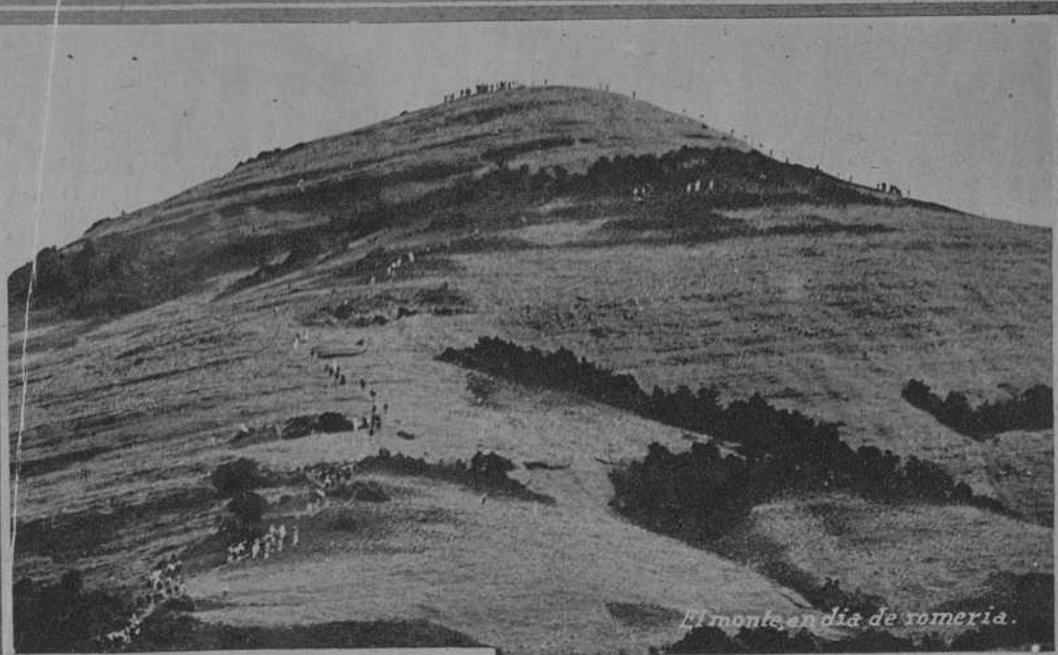


La trilla.



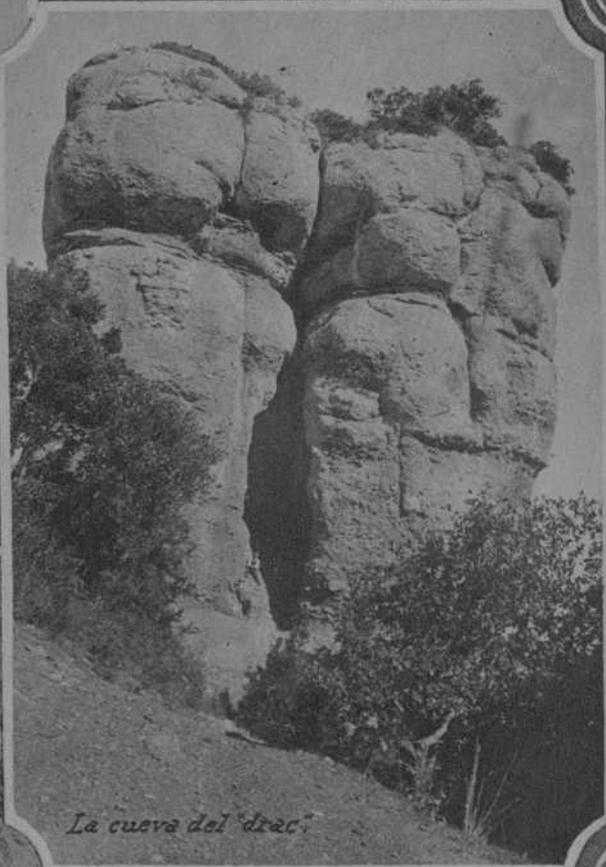
Ensacado del arroz.

"Sant
Llorenç
del
Munt."
(Tarrasa).

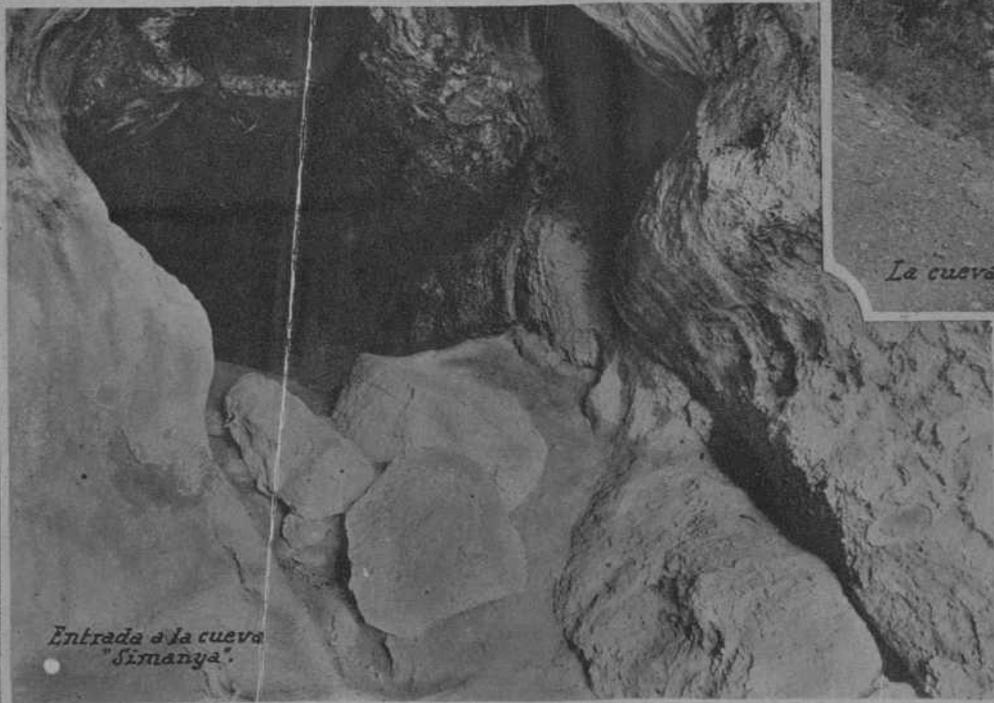


El monte, en día de romería.

El Monasterio



La cueva del "drac".



*Entrada a la cueva
"Simanya".*





*Las antiguas
templos de los
alrededores de
Barcelona.*



Inmediatas a Barcelona, hay unas pequeñas iglesias, llenas de silencio y decoradas románticamente, con cipreses, pequeños cementerios, espadañas y unas escalinatas desgastadas. A veces, aparece junto a ellas, un merendero sentimental, en el que, como en "San Genís", uno bebe el vinillo rosáceo, junto a una losa, en la que ya el tiempo, borró el nombre del que, tal vez, en otro siglo, bebió también el vino rosa de la viña cercana.

LA REVOLUCION

(NOVELA CORTA)

por DOMINGO DE FUENMAYOR

He aquí, lector bueno, una novela extraña. Extraña, porque en ella no triunfa el bien, al estilo melodramático, captador subrepticio del alma ingenua de las multitudes, abierta a la credulidad de todos los mitos; pero tampoco triunfa el Mal, a la usanza de esos sesudos componedores de novelas, que de subrayar grandes injusticias quieren traer insignes enseñanzas.

Esta, lector, es sencillamente una narración mansa; blanca, diría el autor, si el color «blanco» de ciertas novelas no hubiera profanado y vulnerado el buen gusto de las juventudes. Narración quieta y apacible, y agrídulce, acaso, como la vida; que el narrador puso en ella más cuenta de lo real que de lo fabuloso.

No es, empero—¡oh, no!—, la obra de un decepcionado, sino de un hombre que pretende ver la vida tal como es: poco heroica y muy egóista. Si una novela ha de ser un espejo frente a los panoramas de la vida, esta novela aspira a ser nada más que ese espejo. A él, en todo caso, habrá que «arrojarlo», importará arrojarlo, como al espejo donde la fea—la fea vida, aquí—se mira.

Tal vez esta novela no guste; es casi seguro que esta novela, esta pobrecita novela, no va a gustar. Como no satisface, casi nunca, la vida.

El autor, desposeído de su buena fe, podría haber convertido a su protagonista en un héroe ilustre, promotor de juicios contradictorios para alcanzar lucidas condecoraciones, civiles o guerreras; podría haberlo hecho morir bellamente, en la hoguera revolucionaria que encendió. Pero el protagonista, tranquilamente, un poquitín desencantado, se mete en la cama, y, en seguida coge el sueño como un justo, como un niño... Como tú, lector, lo cogieras, si continuara esta forma de prólogo o de pórtico que el novelista ha puesto a su novela. Enciéndase, pues, la batería, y que la cortina, sin otra dilación, se aice:

Hasta el salón de tertulia llegaba el rumor del Meján, el viejo río, un poquitín rejuvenecido ahora al unir a sus melenas turbias la nieve de los montes, que había besado el sol de mayo.

Don Andrés Calzada, escuchando un momento el murmullo de las aguas, aludió:

—Este Meján... Este Meján...

Y todos, aprobando las graves enseñanzas que encerraban aquellas dos palabras,

repetidas para darles mayor profundidad de expresión y de concepto confirmaron:

—Ya, ya... ¡este Meján!

Es decir, todos no. Alvarito Ledesma les dejó corear y preguntó después:

—Bueno: ¿este Meján, qué?

Las sentencias consagradas sabias de más antiguo, resisten difícilmente un frío análisis. Así lo comprendió, sin duda, don Andrés:

—Hombre, pues este Meján... nada.

Y, tras nuevos signos de aprobación en las masas, intervino César Campobón:

—Está demasiado viejo el río.

—¡Le han robado tantas energías los canales!...

—Sí, sí, le han robado energías inútiles, para producir fecundas energías: la luz que nos ilumina, el fruto que nos brinda el campo bien regado...

Quien así habló era Francisco Pérez, maestro nacional. Pero no mereció grandes elogios.

—El fruto que nos dan... ¡el tiro que te peguen, hombre, no seas pelmal!...—comentó don Andrés. Y cortando el tema, demasiado trascendental, anunció:

—Tengo cuarenta duros a la disposición de las empresas...

—¿Monte?

—Monte

—Pues vamos.

Y todos ruidosamente, menos Paco y Alvarito, fuéronse a una sala inmediata, a intentar cazar las doscientas pesetas del prócer. Y aún avisaron por las demás estancias, a los probables «puntos» con una frase convenida:

—¡Voluntarios para el Tercio!

Solos ya, habló Alvarito:

—¡Qué pena, muchacho!...

—¿Pena? ¡psé!... ¡qué se yo! Tal vez tengan ellos razón y nosotros estemos en ridículo. Además, mira, voy a ser sincero: Yo no he ido a jugar, porque estoy sin blanca.

—¿Quieres dinero?

—Hombre... no, pero... No, no, no quiero. Después de todo, mejor estoy aquí.

—Como quieras.

Hubo una pausa, durante la cual el rumor de las aguas del Meján se hizo más notable, más sonoro:

—¡Cómo viene «ese», chico!

—Nada, bastará abrir una compuerta para castrar de nuevo al viejo león.

—Oye: ¿no te parece, Paco, que todo esto es un símbolo?

—Sí, ya lo había yo pensado. ¡Y menuda

compuerta les ha abierto don Andrés a sus obreros!...

—¿Había marejada, eh?

—Bastante. Pero les ha ofrecido cancelar todas las deudas de la Cooperativa y, claro, se acabó la «crecida».

—Después de todo, a lo mejor no habría pasado nada.

—Pero pasará, no te quepa duda. Sucederá el día menos pensado. Anoche, precisamente, me hablaron...

—Pepote y «Chaquetón», ya lo sé. A la media hora ya lo sabía todo Villagrís.

—¡Qué ascó!...

—Ya, ya, ¡qué asco! Pero mira Alvarito, créeme, te estás metiendo demasiado a redentor, y van a crucificarte, sin pena, ni gloria, ni tres Marías que te lloren...

—Eso, es cuenta mía.

—Y mía también, caray, que por algo soy tu amigo. Ten confianza en que no me gufa sino un noble interés al aconsejarte, como voy a hacerlo, si me dejas...

Alvaro Ledesma se retrepó en su asiento, enclavijó ambas manos sobre el pecho, entornó los ojos y autorizó:

—Habla.

—Habla. ¿Tú, de verdad, de verdad, crees en la revolución?

—Claro.

—No, no era eso. Voy a preguntártelo de otra manera: ¿tú, de verdad, de verdad, crees en la necesidad de la revolución?

—También claro.

—Pues yo no. No creo que la revolución sea necesaria, por la razón sencilla de que nadie la quiere, de que nadie la necesita. La revolución, es una cosa demasiado molesta, demasiado complicada. ¿Entre una mecedora y la revolución, tú que preferirías?

—Yo, la revolución.

—Pues yo, y como yo, todo el mundo, menos tú, la mecedora. Hay tan pocas revoluciones, porque hay muchas mecedoras. El día, no lejano, en que cada uno tenga la suya, se acabó la revolución para siempre.

—¡Oh, sí, sí, pero hasta entonces!...

—Mientras tanto, nada. Lo de la mecedora, ha sido un símbolo. ¿Quién ahora, ya, no puede gozar de una conveniencia, de un interés creado, de un «dulce no hacer nada», simplemente? Un grupo de miserables, nada más. Y los miserables no hacen la revolución. Se les baña, se les da de comer—se los baña sobre todo—y se acabaron. La revolución es un hombre con botas rotas y cuello mugriento, inadmisibile en la sociedad actual.

Alvarito, hizo un gesto de cansancio, de molestia, de dolor, tal vez.

—¿Quieres que dejemos de hablar de esto, querido? No nos entenderíamos. Vamos a dar una vuelta por las calles.

—Vamos. Y si te he molestado, perdona.
—No, oh, ¡que vál!

Salieron. La luna de Mayo, limpia, bañaba las calles de Villagrís del Meján, que a aquella hora aparecía con un prestigio nuevo.

—¡Qué hermosa la luna, Paco!

—Muy hermosa, sí. Pero la han desacreditado excesivamente los poetas.

—¿Tampoco crees en la poesía?

—En la poesía contrahecha, plasmada, materializada, en el verso, no. No creo en la honradez de las sensaciones exteriorizadas a costa de buscar y capturar la consonancia o la asonancia. El verso, cuando más es una cortesana que necesita pintarse los labios y los ojos, para adquirir belleza. Yo creo en la poesía del rugido, no en la del soneto. Creo en la poesía de la virgen montañesa, desnuda, y en la poesía del grito del hombre primitivo, y en el ¡aurrera!... celta...

Cortó el discurso, brusco, Alvarito.

—Eres un idiota, Paco.

—¿Tú crees?

—Firmemente.

Rieron. En esto, habían llegado frente al palacio de don Andrés Calzada, en la calle Mayor.

—Mira, Alvaro, otra idiotez: cuánto más grande y más alto es un edificio, más sombra «da»

—Hombre, no; eso tal vez no sea una idiotez

—Gracias, no sea más que por la duda.

—Es hermosa, la casa.

—¡Ya lo creo!

—Las riquezas inútiles que encierra, bastarían a justificar una revolución.

—Inútiles, no. Don Andrés, guarda en su casa un verdadero museo...

—Pero lo guarda. Es decir, que retira de la circulación las obras geniales de los artistas y les priva de su belleza a los demás mortales.

—Pero las paga bien. Sin don Andrés, muchos artistas no podrían vivir. Lo que sucede es que tú respiras todavía por la herida de «María Magdalena», que no te dejó comprar, porque pujó en la venta más que tú.

—¡Qué hermoso, «María Magdalena»!... No vi cuadro, no vi mujer, de más cálidos, de más misteriosos y dolorosos encantos.

—Las mujeres cordobesas que pinta Romero de Torres, valen tanto por lo menos...

—No.

—Sí, acuérdate de aquella «Carmen», que compró Juan Belmonte. Acuérdate del mismo retrato que hizo a Pastora Imperio: idéntico misterio de amor y de dolor en los ojos, la misma pálida aristocracia en las mejillas, iguales ojeras de tortura...

—Oh, no, no; ¡como «María Magdalena», no hay ninguna otra mujer! ¡Ah, si yo la encontrara!...

—Tal vez, en tus viajes, haya pasado por tu lado. En tu vida, por tu mismo camino.

—No. Entre mil la hubiera conocido... ¡Oh, su palidez de hostia bañada de luna!...

—No te fíes demasiado de palideces interesantes y aristocráticas, que casi siempre se curan con unas pildoritas más o menos vegetales...

—¡Cafre!

—Bueno, ¡ah! tú!

Por la calle, solitaria hasta ahora, venía la humana avalancha de los concurrentes a un remedo de «music-hall», instalado en un caserón destartado, junto al río. El público lo formaban hombres grises: obreros, empleados de poco sueldo, horteras vestidos estrepitosamente...

—Mira, mira, Alvarito, cómo se preparan a la revolución tus revolucionarios.

—Tal vez sea una forma de preparación, no creas, que les den, inconscientes, quienes les cierran la Escuela y les abren el Vicio. Por fortuna, las almas están sanas todavía.

—Será una opinión.

—Es la verdad. En lo recóndito de las almas, vírgenes al fin, no ha entrado la corrupción. Bastaría una exhibición de Arte verdadero...

—¡La de «María Magdalena», por ejemplo!...

—Sí. Para que estos hombres que repiten por las calles los estribillos idiotas de los cantos obscenos, hincaran la rodilla...

Francisco Pérez fué ahora el que interrumpió:

—Muchacho, cálmate. ¡Vámonos arriba? Y Alvaro, dócil, aceptó:

—Bueno, vamos.

«Arriba» era el barrio alto de Villagrís, donde vivían confinadas las astrosas hetairas provincianas, torpes y procaces.

Salieron muy tarde, o muy pronto. El sol ponía ya en las cumbres sus primeras proyecciones de púrpura. Por las calles pasaban algunos obreros con el hatillo del almuerzo. El farol de algún sereno parecía un gran ojo opaco y vacío.

—Somos unos sinvergüenzas, Paco—opinó Alvaro Ledesma.

—Unos rematados sinvergüenzas—convino, sin vacilar, Francisco Pérez.

Y se despidieron. Ninguno de los dos seguía su camino rectamente. Tal vez ambos estuvieran un poquito borrachos.

Pasada la «Alameda», traspuestas las fincas suburbanas de los ricachos, hay en la carretera blanca un merendero.

Allí se encontró una tarde Alvarito Ledesma con «Pepote» y «Chaquetón». Mediaba ya agosto y hacía un sofocante calor. La tierra parecía barro cocido y oro viejo la vegetación escasa.

Los dos jaques esperaban ante sendas jarras de limonada, enfriada con nieve, rudimentariamente. Maruja, la hija del huésped, les daba conversación. Era una mocita de trece años, delgada, sucia y fea.

—Buenas tardes—saludó Alvaro, y mientras los hombres le hacían sitio a la mesa, Maruja se retiró.

—Buenas tardes, amigo.

Ninguno de los tres parecía atreverse a decir más. La puerta y las ventanas vaciaban sobre el suelo cuadros de sol. Entró

un moscón zumbando, y cayó abatido por el polvo de oro que le envolvió, en la proyección cálida.

Pepote, al fin, rompió el silencio:

—¿No bebe usted, don Alvaro?—y ordenó, sin esperar la respuesta:

—Maruja, tráete otra jarra para don Alvaro.

Ledesma trafa las fauces secas por la caminata, y el refrigerio—vino de la tierra, con trozos de limón—le fué grato.

—¿Esperásteis mucho?

Tardaron algo en responder; consultáronse con los ojos, como si aquella espera pudiera tener un valor que no habían previsto.

—No... media hora—dijo Pepote.

—Cuarenta minutos, total—corrigió Chaquetón.

—Bien. No pude venir antes. Dadme noticias.

—Pues, verá usted: la cosa no puede ir peor...

—No puede ir mejor, querrás decir...—fué el corrector Pepote, ahora.

—Sí, así es. Mañana pararán otros tres molinos. Don Andrés jura y perjura que no tiene grano, y sin grano, claro, no pueden andar los molinos.

—¿Y la gente, qué dice?

—La gente, ¿qué quiere usted que diga? La gente sabe, don Alvaro, que los graneros de Ledesma están repletos, y que lo que anda buscando es dar un bajón a los jornales. La gente no es tonta, don Alvaro.

—Ni hay corderos solo—corroboró Pepote.

—Entonces, honradamente, ¿creéis vosotros?...

—Honradamente: se hará lo que usted diga, cuando lo diga.

—El mitin ese agrario de Valle Cristiano, es el domingo, ¿verdad? Pues el domingo, entonces.

Volvieron los dos majos a cruzar la mirada, en consulta avariciosa. Pepote la tradujo:

—¿No nos expondremos demasiado, don Alvaro?

—Nunca se expone uno demasiado, amigos.

—Sí, eso, claro. Pero...

—No os pesará, hombres. Sabré ser generoso.

Como callaran otra vez, cazurros, Alvaro Ledesma prosiguió:

—Ahora ya no pensáis en vosotros, ¿verdad? Pensáis en mí. ¿Qué interés me guiará, joven, libre, casi rico, para jugarme la tranquilidad en un albur dudoso?

—Exactamente.

—Pues ningún interés. Ningún otro interés que abrir las puertas de Ledesma a todos. Ver si es verdad que están vacíos sus graneros. Y mostrar a los pobres, además, las bellezas que allí se encierran. ¡Qué hermosura, amigos!...

Alvaro Ledesma fué desarrollando sus raras teorías de una revolución en que, más que pedazos de la tierra madre, se repartiera entre los desheredados la belleza.

Habló mucho. Maruja le escuchaba embobada, sorprendida y sin enterarse exactamente. En su atención, la mozuca subió una punta de su mandil, inconscientemente, a tiempo que abría mucho los ojos y entreabría los labios, como en anhelo de enten-

der mejor. Bajo el volante de percal viéronse dos gemelos anillos de la carne rosada y magra de la impúber, que miraron, ansiosos, Pepote y Chaquetón.

—¿Qué os parece?—preguntó el exaltado, como poniendo el «he dicho» a su discurso.

Y los hastiales, unánimes, tocándose tácticos con el colo, respondieron:

—Que está muy bien, caray, que está muy bien.

—¿Otra?

—Otra, sí, hombre, deja aquí la botella.

Obedeció el mozo del Casino, extrañado ante aquellas ansias de beber de Alvarito. ¡Seis copas ya, Señor, seis copas, y ni ánimo de dejarlo! ¡Buena «la iba a coger»!

Alvarito continuó bebiendo. El coñac le llenaba de perfumes extraños y ponía en su cuerpo laxitudes moliciosas. Entornó los ojos.

De la sala inmediata llegaba el tintineo de las fichas y los solemnes silencios y los salmos concisos del azar.

—Juego. Cien pesetas al rey.

—Un durito de salto; y a la sota este miserable «pitoche» que me queda descahalado.

Por el rumor que seguía a las «posturas» podía adivinarse el resultado de cada jugada.

¡Ah—pensaba Alvarito—si ellos supieran que está tan cerca el fin! Y sonreía, sin abrir los ojos, como gozando de un ensueño grato.

Era el sábado. Las nobles piedras viejas de la ciudad, devolvían en vaharadas, bajo la luna, el calor del sol de agosto que las bañó durante el día.

Había gran tránsito de horteras, prematuramente endomingados, gozando de la fiesta sabatina, ruidosamente, en carcajadas y en cantos dislocados, como para convencer y convencerse de la feliz verdad de su holganza.

Pasaban también honestas familias que habían ido al «cine». Detrás, los padres, de sosegado andar. Y las nenas a la vanguardia, recibiendo la charla de amor y juventud de los tenientes de la guarnición, de algún estudiante en vacaciones, de empleados del Estado, gananciosos de oposición reciente.

Sólo faltaba la nota abigarrada, la pincelada multicolor de los obreros, que quedaron en casa, preparados para la gran aurora del día siguiente.

Nadie, sino los obreros y Alvarito lo sabía en la ciudad, ajena a la jornada próxima, durmiendo o en vigilia feliz. Y al día siguiente, cuando los guardadores del orden, cuando los cascos y los tricornos marcharan al festival agrícola de la aldea vecina, la blusa se enseñorearía de la ciudad, irrumpiría en la casa, en el palacio de aquel hombre que ahora, en el Casino, decía tranquilamente:

—Señores, no va más.

—Mañana «irá más»—pensó para sí Alvarito Ledesma. Y quedó dormido con una sonrisa de caudillo desdenguado y seguro, en los labios.

El ensueño loco, deparóle la vista de una mujer, casi agostada en capullo: Ma-

ruja, la hija del dueño del merendero suburbano. Maruja tenía los ojos tristes, melancólicos y dulces de «María Magdalena».

Esto, en la realidad, también ocurría así, y había turbado al joven muchas veces.

Le despertó Francisco Pérez, que salía de jugar.

—¿Cómo te han tratado?

—Hombre, bien. Me han dejado ganar ochenta duros. Pero, bueno, esto es lo menos importante, ¿cuándo es «eso»?

—Mañana.

—Caramba, chico, ¡y lo dices con esa tranquilidad!...

Luego, como no obtuviera respuesta, miró el maestro a la botella de coñac, mediana, y formuló otra pregunta:

—¿Tú solito?

—Yo solito.

—¡Toma, así comprendo que no te asuste la revolución!... Dame, dame, una copa, a ver si me animo yo también, caramba.

Sirvióse él mismo y consultó:

—¿Tú estás seguro de que no vamos a hacer el ridículo?

—Claro.

Volvió a beber, volvieron a beber varias veces y el alcohol disipó las dudas de Francisco Pérez.

—No, si yo también tengo una seguridad loca en el triunfo. ¡Viva!...

No acabó el vitor, porque Alvarito, sereno, le tapó la boca:

—Calla—ordenó—. Hay que saber ser hombre para todo: para beber coñac y para hacer revoluciones. Y tú no sabes serlo. Mañana te quedas en casa.

—Me ofendes, Alvaro—pareció reaccionar el recriminado—, me ofendes. Yo soy capaz de hacer lo que haga otro hombre y un poquito más. Mándame lo que quieras y verás de lo que soy capaz. ¿Quieres que tire ahora mismo el piano por el balcón, que apedree a don Andrés Calzada con las bolas del «chapó», que mate al conserje? ¡Pide, hombre, pide!...

Alvarito, sonriendo tristemente, dijo:

—No pido nada más que una cosa: que te metas en la cama y no te levantes hasta el lunes.

El mismo le acompañó hasta la puerta de su casa. Cuando quedó solo, había terminado el «sabat» provinciano y estaban ya desiertas las calles.

Sin saber por qué, recordó el ensueño que había tenido un rato antes. Y pensó, sonriendo, a pesar suyo, en los ojos de Maruja, la impúber.

Sobresaltado, despertó bruscamente:

—¿Quién va?

Un rayo de sol, que añadía encajes a los encajes de la colcha, trepando por el lecho alegremente, juvenilmente, le obligó a cerrar de nuevo los ojos, deslumbrándole.

No tuvo, empero, que repetir la pregunta, porque ya Francisco Pérez, el que le había zarandeado para despertarle, hablaba:

—¿Qué vergüenza, Alvarito! ¿Qué poca vergüenza, mejor dicho! ¿Tú sabes qué hora es? ¡Pues las doce de la mañana! ¡Las doce del gran día de la revolución!...

Alvaro se sentó en la cama y, maquinalmente, comenzó a vestirse con gran ac-

tividad, como un hombre cuya inmediateza presencia en un lugar determinado es imprescindible para la buena marcha del mundo.

—No, no te apresures—atajó el maestro—. Puedes bañarte y vestirme y acicalarte con toda calma. De todas formas, llegarás tarde.

El revolucionario saltó al suelo. Llevaba puesta tan sólo la guerrera del pijama, y su aspecto, realmente, no era muy heroico.

—Pero, ¿qué ha pasado?—preguntó ansioso—, ¿qué ha sucedido, amigo mío?

Y a seguido, se confesó a sí mismo:

—No comprendo cómo me habré podido dormir.

—Muy sencillamente, querido. ¡Hay que saber ser hombre para todo: para beber coñac, y para hacer revoluciones!... Perdona que te devuelva la pelota de anoche, pero tú, en esta ocasión, no has sabido serlo.

—No bromees, amigo mío, no bromees, y explícame lo que ha ocurrido.

—Alá va, Chaquetón, Pepote y yo nos reunimos en el merendero, esperándonos. Pasó la charanga, pasaron las solemnes autoridades y los guardias; pasaron los curiosos y la empleomanía, en apretadas filas, hacia el festival del Valle Cristiano. Dieron las diez y...

—¿Y...? ¡Habla, por Dios!

—Cálmate, muchacho, que todo ha salido a pedir de boca. Como no ventas, nos hemos adelantado ante el temor de que la masa se impacientara... y se agriara la levadura... ¡y hace dos horas que hemos tomado gloriosamente, sin enemigo que vencer, la casa-palacio de don Andrés Calzada! Allí les he dejado, encantados de la vida, para venir a avisarte.

—Habría grano, ¿eh?

—Hombre, eso no lo hemos visto todavía. Hemos entrado primero en la bodega... ¡magnífica, muchacho!... Y ahora, preparamos un banquete popular en el «museo», presidido por tu «María Magdalena».

—¿Qué barbaridad! Vamos, vamos...

Cuando llegaron, los salones del ricacho eran teatro de la bacanal más brutal. Sobre las alfombras, joyas de arte oriental, corría el vino rojo, como sangre caliente y joven. Las estatuas lucían grotescas vestimentas y estaban tocadas con mugrientas gorras o con capirotes de papel de periódico. Algunas de ellas ostentaban grotescos bigotes. Y a la maravillosa «María Magdalena», una mano alevosa la había agujereado obscenamente.

Los borrachos entonaban cantos absurdos y martirizantes. La atmósfera era espesa, mal oliente y agria. Trascendía a humanidad sudorosa y sucia.

Alvaro Ledesma, pálido, no traspuso la puerta del salón. No obstante, algunos le vieron y reclamaronle con una cordialidad enérgica. Tuvo que beber en cálices improvisados en las más hermosas piezas de cristal, de porcelana y de cerámica, que eran luego lanzadas y rotas contra el suelo. De una lámpara, portento de forja ar-

tística, «Pepón» había colgado su americana, que se balanceaba como un ahorcado.

Algunas mujeres y algunos chiquillos astrosos, comían ávidamente sobre divanes y consolas. Chaquetón capeaba a un astado imaginario con un tapiz magnífico.

Cuando pudo sustraerse a la solicitud pesada de los borrachos, Alvaro atrajo a Pérez a un rincón.

Sentía, como el héroe benaventiano, que toda su vida, y toda su pesadumbre, se habían derrumbado sobre su corazón. Y era una losa que quería ahogarle, que le oprimía el pecho y le enturbiaba de lágrimas los ojos.

—Es—dijo en trémolos de congoja—la vida entera, hecha un fracaso; es el derribamiento de mis ilusiones más caras...

No habló más. No hablaron más, todavía. Luego, alumbró en su mirada como una lucécita de esperanza y pronunció:

—Pero...

—Pero... ¿qué?

—Nada, no te asustes; no te preocupes, nada: ¿cuánto «hay», a pie, hasta Valle Cristiano?

—Apenas una hora... ¿Qué pretendes?

—Ya te he dicho que nada.

—Pues me das miedo.

—¡Bah!...—dijo Alvaro fingiendo risa, a tiempo que se restitula a los grupos de juerga y borrachera.

No obstante, en cuanto pudo sustraerse, se evadió y salió, solo, de la casa.

Por la carretera ardiente anduvo largo rato, hasta dejar atrás las últimas casas del pueblo, y el Hospital, y el cementerio, y el pabellón de cañas bajo el cual esperaba unas obras hipotéticas la «primera piedra» de un «grupo escolar», colocada años antes, muchos años antes.

Iba a Valle Cristiano, sencillamente, a avisar a la guardia civil.

Le cegaban el polvo y el sol. Le asfixiaba el calor cuando dió vista al merendero. Entró y fué recibido por Maruja «mirándole—¡oh, bien lo vió!—con los ojos de María Magdalena».

—¿No fué a la fiesta del Valle, don Alvaro?—preguntó la chiquilla.

Y el hombre, en lugar de responderle, inquirió a su vez:

—¿Estás sola, muchacha?

—Sola. Todos fueron allá, como todo el mundo...

—Como todo el mundo, menos tú...

—Claro, alguien tenía que quedar en casa.

Hubo una pausa, durante la cual Alvaro se sentó en una silla y atrajo hacia sí a la muchacha.

—¿Sabes—preguntó—que tienes unos ojos muy bonitos?

No contestó Maruja que, intuitiva, hizo una transición, separándose:

—¿Qué quiere usted tomar?

Esta pregunta, tan sencilla, desconcertó y volvió a la realidad a Ledesma.

—Nada—dijo—; descansar un poquito nada más, si me dejas.

—Descanse, descanse, que yo voy a dar de comer a las gallinas.

Alvaro, sin saber a qué atribuirlo, tuvo este pensamiento, que fué un nuevo motivo de la extraña forma de dolor que le atormentaba:

—Esta chiquilla podría ser mi hija y yo soy un miserable. O quizás, simplemente, un loco.

Cuando volvió la muchacha, ya no estaba don Alvaro. A ser curiosa, podría haberle visto desde la puerta del merendero, sentado en un ribazo del camino.

Iba despeinado, sudoroso y sucio de polvo. Era, con su traje de ciudad, como un absurdo andariego, perdido o desplazado.

Su rostro blanco, blanco, parecía el de

un cadáver. Y su alma, también, «colga a muerto».

Tácito, escrutando alrededor, para no ser apercebido, sacó un pequeño revólver, en el que el sol prendió sus gemas un instante.

Dominando el instinto de conservación que se engarfiaba a la mano, haciéndola temblar, acercó el cañón a la sien, cerró los ojos y oprimió el gatillo. Pero el arma no se disparó.

Súbitamente recobrado, rehecho, Alvaro Ledesma, pasando de la muerte a la vida, volviendo del viaje del que dicen que nadie regresa, se echó a reír, y ágil, insólitamente alegre, comenzó a andar, de regreso a Villagrís.

En este asco que es la vida—pensaba—nada vale la pena, sino la vida misma. Todo es pequeño, miserable e indigno de tenerse en cuenta, frente a la vida.

Amistad, amor, honores, libertad... ¡bah! ¡la vida, la vida es lo importante!...

Una vocecita desde el más recóndito rincón de la conciencia apenas le apuntó:

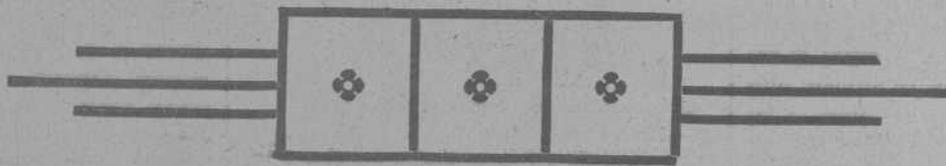
—Pero... ¿y cuándo no se puede vivir? Y ¿cuándo no le dejan a uno vivir?

Palabras, palabras, tonterías. Con este sol, bajo este sol, todo vive. Y todo, también, está alegre y contento de vivir. El agua que canta en el regato, la mariposa sobre la flor y la flor misma, y los hombres, allá, borrachos... ¡Viva la vida!

Como aun no habían regresado los romeros ni terminó todavía, tampoco, la bacanal revolucionaria, las calles de la ciudad estaban vacías. Nadie, vió, pues, a Alvaro cuando entró en su casa.

Pausadamente, silbando una canción, se desnudó y metióse en la cama.

Las sábanas, de fina holanda, guardaban aún el calor de su cuerpo. Se durmió.



Bosquejo de Historieta

EL DOBLE NUDO GORDIANO

por FELIPE ALAIZ

I

Amelia era una morena, nerviosa y delgada. Como tenía pocas obligaciones, estaba enferma. En realidad, no sabía nada de su enfermedad, ya que tenía que inventarla. ¿Quién puede afirmar que no cuenta más inventar una enfermedad que padecerla?

Era huérfana de padre y madre. Contaba con un capital reducido a títulos del Estado, y vivía con una tía viuda. Nada de cobijo de caridad o favor. Amelia cortaba unos cupones cada trimestre, iba al Banco a cobrar y la renta bastaba para no gravar el presupuesto de la tía, rica propietaria de saneadas casas, que se contentaba con la compañía intermitente de Amelia. Las dos mujeres aspiraban a molestarse lo menos posible y casi lo conseguían.

Las enfermedades de Amelia eran variadas y se producían súbitamente, sustituyéndose unas a otras y oponiéndose sin tregua. Contaba con un índice pintoresco de padecimientos, y los mimaba y entretenía con satisfacción. Un observador medianamente prevenido hubiera establecido la conclusión de que Amelia padecía tan sólo una enfermedad: la impaciencia.

Sin embargo, Amelia era capaz de sostener y sostenía que la impaciencia no era más que un efecto derivado de sus enfermedades, con lo que demostraba que una actividad sobresaliente de su carácter—la impaciencia—nacía de la nada.

La impaciencia era su crueldad unilateral. Amelia no tenía edad para impacientarse por nada, ni siquiera por encontrar un novio o perderlo de vista. No tenía más que veintitrés años, y sus dos amores fracasados habían sido discretos y vulgares, amores de manual, con carta diaria, que siempre decía lo mismo, telegramas y conferencias, proyectos en el aire, viajes y tornaviajes. Los novios, incapaces de impacientarse, acabaron por cansarse de vivir agarrados al auricular. Aparte, Amelia había padecido el amor como otra enfermedad. Se impacientaba por todo. El retraso de una carta, era tragedia frenética para sus nervios. El reloj, ese instrumento de martirio para los que piensan, que anda de prisa, era para Amelia una institución retardataria y poco voraz.

II

Amelia pensó aplacar sus nervios en un balneario. ¿Cómo se explica racionalmente más que en una persona impaciente, la creencia en las virtudes curativas del balneario? Amelia no se creía enferma por impaciente, sino impaciente por enferma. Dado su carácter delirante, nada tiene de particular que buscara para capturar la enfermedad correspondiente a una temporada determinada. Como no la halló, se decidió a inventarla, siguiendo un procedimiento algo policíaco, que consiste en buscar la complicidad del espejo y de la aspirina.

A los dos meses de tomar aspirina y de consultar continuamente el espejo, Amelia sintió necesidad irrefrenable de ir a un balneario. ¿A cuál? No importaba. Lo urgente era fijarse en un balneario. Luego

llegaría la enfermedad. En su larga práctica de manías morbosas, sólo quedaba un hueco para las enfermedades tropicales.

¡Y qué lástima de chiquilla! Era agraciada, inteligente y discreta. Su compañía tenía los atractivos más estimulantes mientras no pensaba en el calendario, en el tren, en la farmacia o en el teléfono.

Hay muchas maneras de esperar una fecha grata. Lo más acertado es sazonar el humor y esperar con ánimo jovial. Las fechas ingratas vale más esperarlas también jovialmente para que los nervios no se ericen. Si no se es capaz de contención instintiva, lo más delicado es aislarse del mundo.

—Es que en todo carácter hay reservas de paciencia y a mí me faltan—decía Amelia.

El interlocutor contestaba, con cierto convencimiento acre:

—Para usted, la paciencia, ¿es lotería o voluntad?

Amelia se perdía en silogismos ingeniosos, fatales y pesimistas. Tenía excesiva seguridad en afirmar o negar.

—Sería muy útil para usted ejercitarse en el aprendizaje de la paciencia.

Amelia contestaba:

—Saldría perdiendo, amigo mío, porque la paciencia nace y no se hace... Todo lo más que puede conseguirse es cambiar de impacencias, como de abrigos.

—De lo que se deduce que la impaciencia es una especie de coquetería, como la pasamanería y la democracia. ¿De qué le ha servido a usted impacientarse tantas veces? ¿Hay nada que valga la pena deseear con fruición y sin límite? El estoicismo no es sólo una doctrina, sino que es también una necesidad, Amelia; necesidad instintiva si usted quiere, que no puede someterse a silogismos. Yo me acostumbré a esperar porque, además de estar muy ocupado, soy abonado al teléfono.

III

Amelia se fué al balneario con unos cuantos libros y varios propósitos absurdos: estrenar un abrigo de entretiempo, leer revistas de modas y sumergirse, literariamente por supuesto, en la Naturaleza como una poetisa americana.

Porque Amelia deliraba por esas poéticas que cantan el campo como heroínas más o menos virgilianas, viviendo incrustadas en el asfalto y creyendo que una fiesta de programa puede tener interés.

El balneario elegido por Amelia no había sido tema de propagandas oficiosas en revistas y periódicos. Estaba en una montaña recién lanzada y no concurría mucha gente, porque las fiestas eran espaciadas y sosas en medio de la soledad campestre, que tanto aburre a los aburridos.

Amelia se instaló confortablemente, esperando la enfermedad después de elegir el balneario para curarla. No podía quedar mal con la gerencia del establecimiento, y a todo trance había que prepararse para enfermar, de cualquier manera que fuese.

Pasaban los días, y Amelia aumentaba de peso. ¡Oh, tragedia! Su palidez mate se coloreaba, la intemperie causaba efectos

maravillosos y los paseos por la sierra producían salud a raudales.

No encontró ninguna enfermedad, pero

¿Qué hice esta mañana? encontró en el balneario un amor nuevo. Era un hombre pausado, de treinta y cinco años, profesor de Historia y coleccionista de grabados.

Tampoco el profesor tenía ninguna enfermedad que curar, sino siete tomos de monografías históricas que traducir del alemán.

Cuando un hombre se dispone a traducir siete tomos de monografías históricas, es prueba plena de que no está enamorado. El profesor se apellidaba Manrique, tenía siempre tiempo para todo, se peinaba descuidadamente y había ganado las oposiciones a fuerza de paciencia, como reloj de repetición.

Se encontraron en el campo, figurando los dos en distintos grupos de excursionistas. Hablaron el primer día teniendo en cuenta la corrección exigible a gente de clase media que puede permanecer un par de meses en un balneario, haciendo vida de sociedad sin suicidarse. La segunda vez que dialogaron fué en la terraza del balneario, bebiendo cerveza. La tercera entrevista fué la decisiva, porque el amor nació, envuelto en el crepúsculo de la sierra, al hallarse los dos en el zig-zag de un sendero.

IV

Fué un amor comparable a carrera sin obstáculos. Libres los dos, se impuso la impaciencia de Amelia, partidaria de procedimientos sumarisimos y expeditivos. Ella no deseaba ya buscar ninguna enfermedad, había estrenado el abrigo de entretiempo y tenía prisa por marcharse a la ciudad. Manrique aplazó las traducciones para otra temporada y aprendió a peinarse, por indicación de Amelia, con la ostentación de un mancebo deportista.

—Seremos muy felices, Amelia.

—Tal vez.

—Y sin tal vez. Nada ni nadie ha de contrariarnos.

—Tiempo ganado, sin contar con el que no hemos de perder.

—Y que no perderemos, Amelia.

—Creo que lo estamos perdiendo.

—Pues crees mal.

—Tú tienes tiempo para todo.

—Y tú para nada.

—¡Presumido!

Manrique no sabía qué contestar, y notaba que Amelia le contagiaba sus impacencias. Ella se daba cuenta, y con cierta gracia picante refinaba el instinto dominador, tan arraigado en las mujeres como en los hombres, más estridente, tal vez en ellas y fulminante, como timbre de alarma.

Dicharachera y algo mordaz, se complacía en sitiar al profesor para que la espera se redujese a días. Manrique se plegaba a las iniciativas de Amelia sin discutir las. Hablaba ella de «poner la casa», de comprar cuadros y tapices, de buscar una habitación todo lo más idílica posible, con jardín. Tendrían polluelos y canarios, una doncella vestida de negro, y tal vez algún reuma y algún chico.

Manrique, como todo hombre predestinado a las graves funciones docentes, había pasado la primera juventud pensando en hacer oposiciones, haciéndolas, perdiendo o ganando, estudiando noche y día. El amor de azar era para él una caja de sorpresas. Siempre o casi siempre pensó en la mujer como se piensa en la esposa, suponiendo que la esposa no puede sorprender y que automáticamente se somete a un ritmo pausado y uniforme. Amelia desplegaba una actividad amorosa, uniformemente acelerada, y Manrique, especializado en Egiptología, no se había especializado aún en la producción de verborrea galante.

Amelia apabullaba a Manrique con zalemas y miradas inquisitivas. Hay en la manera de mirar de ciertas mujeres algo de sonda y de forceps. Quieren adivinar lo que pasa y lo que va a pasar. Su ilusión más querida consistiría en poder dibujar el espectro de un suspiro o de una corazonada, aun cuando el suspiro se produzca por la estrechez del cuello de la camisa y la corazonada de presunta telepatía ardiente, sea un simple deseo de beber agua.

—Algo te pasa que me ocultas, Manrique.
—Te aseguro que no me pasa nada.

La mirada de Amelia se estacionaba insistentemente en los ojos del profesor, que empezó a tener miedo y a inventar preocupaciones y líos para contentar la avidez de la joven. ¡Nunca se le ocurriera semejante desatino! Amelia repitió las preguntas y replicó, desatada ya su manía de complicarlo todo. Manrique estuvo a punto de confesar una tarde que había cometido un homicidio, pero se distrajo haciendo los preparativos de marcha, con intervalos de dos días y llevando Amelia la delantera, desaparecieron los dos del balneario. Algo molestos, por no ser Manrique hombre de suficiente fertilidad imaginativa para dar pasto a las preguntas inacabables de Amelia. A él, que le preguntaran algo de Egipto. Lo demás podía enseñárselo a Amelia, aunque no comprendiera la variedad de las curiosidades de la muchacha. Esta, por su parte, tampoco tenía a mano un cuestionario de Egiptología para preguntar, y los dos se debatían en contiendas extrañas y martirizadoras.

V

Después de las vacaciones, a la entrada del invierno, Amelia y Manrique se unieron para consumir un quilométrico, multiplicarse y participar el acontecimiento a las amistades, cuya curiosidad estuvo en vilo unos días por lo mismo que no les interesaba absolutamente nada.

La pareja siguió los itinerarios obligados de toda boda de relieve. No se concibe una luna de miel en una playa retirada o en una quinta. Hay que cargar con un equipaje absurdo, provocar las sonrisas de las doncellas de hotel, estudiar los horarios de ferrocarriles, soportar indirectas y despedidas, palabras intencionadas, ataques de malignidad y hasta explosiones equívocas y obscenas.

En el banquete nupcial, una amiga de Amelia interpeló a Manrique:

—Sé que esta mañana ha hecho usted una mala acción.

—¿Yo?

—Sí, usted; una acción muy mala, una cosa muy fea.

—No comprendo.

El profesor, tieso y emocionado, no sabía qué decir.

—¿Una mala acción? Explíquese, Prudencia... ¿Qué hice esta mañana?

—Dormirse.

En efecto: Manrique se había levantado con el tiempo justo para ponerse las prendas de etiqueta y dirigirse a la iglesia. La noche anterior estuvo hasta las doce con Amelia y su tía. Al regresar a la casa de huéspedes donde vivía, se había entretenido en ordenar unos apuntes de Egiptología pa-

ra guardarlos hasta el cuarto menguante de su luna de miel. Luego había interpretado un monólogo de circunstancias, cuyo título podía ser «Despedida de soltero» o «Un doctor Fausto relativamente joven», esmaltado de esperanzas radiantes y optimismo empedernido. Se durmió a la hora del alba, y cuando le llamaron tenía la cabeza medio loca. No recordaba que iba a casarse, y tuvieron que volverle a llamar y decirselo a gritos.

Llegó apresuradamente a la iglesia y se casó con la impunidad que se casa un erudito ignorante de los caminos placenteros y libres del amor.—Curso nuevo, vida nueva—pensaba el catedrático.

Después de la ceremonia, la estación. Amelia estaba en sus glorias... Dicha pregonada, trajes para cada hora, vestidos cortos, un sombrero como casco de guardia de Seguridad, un marido que contestaría a todas las preguntas, un quilométrico, el pelo corto, recomendaciones concupiscentes al oído, curiosidad, fondas, carbón ferroviario... La verdad es que todo eso constituye algunas veces la felicidad de las mujeres y de los hombres.

Manrique tenía un poco de miedo. Lo que se llama completamente novicio en las batallas de Venus, no lo era. Había estudiado minuciosamente la vida de Cleopatra, y por curiosidad trató un par de veces a una trotera de color moreno-trigo, que Manrique suponía fiel retrato de la célebre y desenvuelta reina. No le fué mal ni bien. Escamado de las ironías sin erudición de la trotera, dejó de tratarla y volvió a sus papeles como un desengañado prematuro.

VI

Una luna de miel no vale la pena de contarse, entre otras razones porque se parece a otra luna de miel. ¿y quién no ha saboreado o padecido alguna?

Se cansaron de viajar y de andar. Manrique se gastó parte de los ahorros que tenía, y al regresar a la ciudad universitaria se instalaron en una quinta de las afueras, alquilada por la tía de Amelia y amueblada siguiendo las indicaciones eruditas del novio, que dispuso con detalle la colocación de la mesa-despacho, grande como un tranvía. Amelia había dispuesto los muebles femeninos, chiquitos como juguetes.

El profesor fué víctima de tantos y tan insistentes interrogatorios durante la luna de miel por parte de la impacientada Amelia, que recordó los muchos exámenes que había sufrido en su vida. Amelia, inteligente y discreta, perdía sus atractivos cuando se sentía mimosa. Se plegaba como una gata, se sentía completamente propietaria del egiptólogo y quería ostentar el papel de mujer preferida, cosa que conseguía sin que a nadie importara la predilección consumada. La cosa no duró mucho tiempo, y Amelia dió en la manía de llevar la casa como una abadesa.

Manrique no lamentaba ya las humordas telegráficas de Amelia. Por el contrario, las provocaba y agradecía como prendas de amor, que iban escaseando. Ella, en cambio, iba sentando la cabeza. ¡Disidencia eterna de temperamentos atados con el consabido indisoluble lazo! ¿Qué se había hecho de aquella Amelia impaciente que tanto molestaba al profesor antes de la boda, y que después se había convertido en mujer de su casa, poco amiga de viajar y de usar antesalas en la central de Teléfonos, que iba desligando los mimos y zalemas de novios?

Hay trances que un profesor eleva a suplicios y tragedias. Olvidó la Egiptología, asistía a clase como un sonámbulo, perdía fotografías de momias, descuidaba la clasificación de su archivo y estaba siempre «con el alma arrodillada» que decían los románticos, ante la esquivada Amelia.

—Pero si yo te quiero, tonto.

—Has cambiado mucho, Amelia.

—Y tú también. ¿Quién te conocería ahora, gesterio como un colegial?

No había remedio. La tragedia aleteaba en los pasillos, en el vestíbulo y en el despacho. A Amelia le molestaban las demostraciones asiduas y vehementes de Manrique, y éste se consideraba ya uno de tantos equivocados. Y la tragedia siguió su curso, porque al año de casados, el serio profesor Manrique, el espejo de hombres y de egiptólogos, tenía una amiga pizpireta y ladina, que contentaba a Manrique como una golosina.

La amiga se llamaba Natalia; era alicantina, gorda, impaciente y trigüeña. Lo que sazónaba la vida de Manrique era la nerviosidad de Natalia, sus prontos y la predisposición que tenía a hacer escenas de carácter dramático-funerario, con desenlace siempre igual: pedir dinero al profesor. A ratos perdidos, Natalia trabajaba en géneros blancos como oficiala aventajada de un almacén importante, inmediato al domicilio del profesor.

VII

Manrique había aprendido el arte del disimulo y del tapadillo con esa perfección sinuosa, absolutamente garantizable por los casados. Amelia no sospechaba la cruel traición del profesor ni podía suponer que el egiptólogo inventara quince o veinte mentiras semanales para ocultar la verdad y desviar la atención de la esposa.

—Eres una mujercita de tu casa... Me asombra que te hayas vuelto tan ordenada después de los años que has pasado por ahí en balnearios, y con tu tía, más aburrida que un balneario.

—¡Pero, hombre! ¡Si resulta que hasta haces chistes y colmos!... Pues mira, voy a decirte que no te entiendo. De soltera me querías tranquila y sosegada, cuando yo no lo era. De casada, me querías impaciente y chillona, cuando no lo soy... Eso hasta la semana pasada... De pronto, te contentan mis aficiones caseras y te encanta que no salgamos juntos, con lo que necesito yo andar ahora...

Manrique iba a ser padre, y semejante hecho que, según leemos en las novelas, provoca tantos arrepentimientos, sólo servía para que el profesor se aficionara más a Natalia, con una duplicidad de cordero y animal felino que nadie hubiera podido sospechar tratando superficialmente al egiptólogo.

Los tiempos fueron siguiendo y la tragedia se contuvo para tener un momento de idilio.

Nació el hijo de Amelia, y con pocos meses de intervalo, Natalia tuvo otro hijo. ¡Padre por partida doble! Llegaba a tiempo para saborear la paternidad y sus delicias, para gastarse la paga y tener que pedir anticipos y préstamos. ¡Oh, vergüenza para un egiptólogo! ¡Oh, dolor incommensurable!

¿Por qué el matrimonio había sentado el carácter de la esposa y alborotado al marido? ¿Qué guerra era aquella tan sorda y trágica entre dos caracteres que se persiguen y no se encuentran nunca, como los extremos de espas?

Amelia no tenía que consolarse de nada, porque lo ignoraba todo, y Manrique se hundía cada día más en el amor clandestino.

Se creía el más feliz de los doctores y de los egiptólogos. Partidario del Estado y de los nudos gordianos, Manrique, el ex fiel y ex erudito Manrique, vivía placenteramente la nerviosidad clandestina, sin perjuicio del acomodamiento doméstico y oficial. Tigre salvaje y ave doméstica, aunque nadie le veía más que en el ambiente familiar, acabó por creerse el mismo candidato a una especie de vida alterna, «doble» de turnos premeditados, eterno palentino y eterno tigre, sin confusión y sin remedio.

Unas horas en Aranjuez

El futuro jardín de Rusiñol

por JESUS PINILLA

«A usted le conozco—me dice un guía—de don Santiago y de don Enrique».

Esas verbenas madrileñas tan despintadas y tan soporíferas nos alejan de buen grado de la villa coronada, y se nos ocurre visitar Aranjuez. Vamos a llegar—pensamos—en noche de luna y no hay verbena mejor que una noche clara entre alamedas, en los canapés de un jardín a la vera del río. De día remozaremos nuestros recuerdos en el Palacio y en las interminables calles de árboles y contemplando las deliciosas exquisiteces de la «Casa del Labrador».

Pero el hombre propone... y el calendario dispone: 28 de junio, verbena de San Pedro, y en Aranjuez se ha organizado una fiesta de la «gente bien» del pueblo con mantones de Manila y gran orquesta. Fiesta verbenera celebrada en el cobertizo de verano, adosado a nuestro hotel, hemos de sufrir los rigores musicales de los bailes de moda, bailes de salón, que cuadran poco con los mantones y con los tipos de las encantadoras ribereñas.

Por fortuna, la fiesta no se prolonga y se hace compatible con el descanso. Al retirarnos, la luna asciende espléndidamente, sobre uno de los cerros dibújanse los árboles corpudos, y en las aguas turbias del río peninsular, el Tajo, extiende su capa de fantástica claridad.

**

Los que hemos pasado la noche en Aranjuez y salimos directamente del hotel no somos acosados por los guías espontáneos y molestos que acometen al viajero que llega a la estación. Pero no falta un Timoteo que os importuna.

—Por Dios—le decimos—déjenos en paz, que conocemos sobradamente los «reales sitios» para no necesitar de guías. Los conocemos...

—Yo también le conozco a usted, y no

poco. Le conozco de don Santiago y de don Enrique. «Barcelona bona...» No me lo niegue usted.

No es la vez primera que he tenido que aguantar a Timoteo, alias «Membrana», y oír sus relatos de cuando hizo de «Don Tancredo», con su clavícula rota y cobro de 65 pesetas en tres plazos, por indemnización. «Membrana» repite la historia y todo el mundo sabe quién es. Nosotros le conocemos; él no puede conocernos porque nos ha visto pocas, contadas veces. Pero su audacia de «Cicerone» le lleva a concretar: «A usted—repite encarándose conmigo—le conozco de don Santiago y de don Enrique. ¿Me negará usted que vino con ellos cuando don Santiago nos trajo a don Enrique para echar «El Místico»?»

Yo disimulo, y afirmo que no sé quienes son esos señores de que me habla.

—¡Tiene gracia!—exclama—pues Rusiñol y Borrás. Pero ¡ipá que se lo digo! Cuando hace dos años que estuvo aquella noche que sacamos en hombros a don Santiago ¡Qué noche! ¡Verdad, señor?

No me queda otro remedio que dar la razón a Timoteo. Jamás he estado en Aranjuez con Rusiñol y con Borrás; pero no he querido quitar al «Membrana» ese triunfo de fisonomista que entre los compañeros de profesión agrandarà su prestigio.

**

Resueltamente, toda la conversación deriva hacia Rusiñol. Poco menos que sospechan todos que yo estoy en Aranjuez unas horas para ver cómo anda la plazuela que en homenaje a nuestro gran artista le dedica este pueblo que tanto debe a Rusiñol.

—Le debemos mucho a don Santiago.

—Dice Rusiñol que él debe más a Aranjuez con sus jardines.

—Y que no lo diga, que un día pintó en un santiamén el merendero de «Las Delicias», con el río debajo. Créame, que aque-

llo si que es una delicia, y que a nadie se la debe, porque es bien suya.

Nos conducen a la plazoleta consagrada a Rusiñol. Han comenzado los trabajos de arreglo. «Donde está esa luz habrá su estatua o su busto, en medio de flores y pistas. Un jardín en miniatura que se llamarà de Rusiñol».

—«Barcelona bona»—agrega el «Membrana».

—Y Rusiñol estupendo—digo yo.

—Rusiñol y Borrás. ¡Qué cura representó!

«Membrana» no quiere perder ocasión de hablar de una noche para él más memorable que para los dos héroes de «El Místico».

Pasa un auto de gran lujo lleno de gente satisfecha.

—¡Si fuera mío—dice uno.

—Esos sí que van al cielo en coche, como dicen don Santiago y don Enrique en «El Místico»—contesta «Membrana».

**

Hemos conseguido desprendernos de todo el cortejo de guías y cicerones y podemos admirar a todo placer el Palacio y los jardines.

Pasan ante nosotros ráfagas de historia y de leyenda, figuras de verdad y episodios en los que un «Membrana» de otro siglo ha podido entrometer su fantasía. Pero eso ya no interesa. Las arboledas del Parque verdallesco, perpetua ofrenda de la Naturaleza, y los nombres de los grandes artistas—Maella, Bayén, Pérez, Zacarías Velázquez—, siempre interesan. Nos llena de satisfacción que años y siglos a venir, en el hermoso paisaje ribereño tenga un nombre y una perpetuación nuestro entrañable Rusiñol. Y nos da unas horas de vanidad que Timoteo, el decano de los «cicerones», tenga de nosotros un recuerdo unido al de don Santiago, como dice él.

Lo que nos contaron los grandes hombres

Una manifestación y un viva oportuno

por RAFAEL MORAGAS

En estos días calurosos de Julio recuerdo que por allá, el año 1903, el insigne Galdós vino a Barcelona a estrenar en Eldorado su comedia «Mariucha». En aquella época, los mítins políticos barceloneses se sucedían casi sin interrupción. Don Benito—que era hombre que siempre siguió la política de muy cerca—le interesaban las multitudes tanto en su aspecto de acción como pintoresco. El gran escritor no podía desear este inapreciado elemento, que con tanta fortuna abunda en sus dramas como en sus novelas.

Galdós, en aquella época, habitaba en un entresuelo de una de las casas que hacen esquina de la calle de Mallorca. Por esta vía, le acompañábamos un anoche, cuando observé el Maestro que unos individuos pegaban a un muro unos pasquines invitando a los correligionarios, que en el próximo domingo, día tal y hora cual, concurrían a una manifestación.

Galdós leyó lo que decía el pasquín, y luego nos dijo:

—«En las multitudes se dan cosas preciosísimas. Yo, como usted sabe, vivo en Madrid, vivo en la calle de Hilarión Eslava, por allá en los alrededores de la Cárcel Modelo. La noche en la que estrené «Electra», en el Español, a la salida, se me acompañó a casa en coche, y por hachones de viento. Aunque sea inmodestia debo confesar que los vitores y aclamaciones menudeaban.»

Cuando salimos de la Plaza de Santa Ana se oía:

—¡Viva Galdós!

—¡Viva Electra!

—¡Que vivan los Episodios Nacionales!

En las Cuatro Calles y en la Carrera de San Jerónimo se iba oyendo:

—¡Viva Galdós!

—¡Que viva don Benito!

—¡Que vivan los Episodios!

Cruzamos la Puerta del Sol y subimos por la calle de Preciados y siempre nos acompañaba lo de:

—¡Que viva Galdós!

—¡Que viva don Benito!

Y con tales vivas llegamos a la Ancha de San Bernardo. Ibamos a un casino liberal. Llevábamos más de una hora de camino y de aclamaciones. En el casino estuve una media hora; después nuevamente se formó la manifestación con los vivas consabidos. A la hora y pico de caminata, éstos menudeaban.

Pero con todo se oía:

—¡Que viva Galdós!

—¡Que viva don Benito!

La gente seguía a pie y cansada. De pronto surgió una voz:

—¡Que viva don Benito!

Y otra contestó muy fuerte:

—¡Que viva más cerca!

El traje turístico, o el hábito no hace el monje

por ADOLFO FALGAIROLLE

París, entre junio y octubre, se convierte en una especie de playa o balneario. París, puerto de mar, es ya una idea vieja, nunca realizada. París turístico se explica mejor, aunque sólo sea desde el punto de vista de enseñanza histórica, puesto que aquí es donde estallaron la Revolución, la San Bartolomé, el Cubismo, la geometría de hierro de la torre Eiffel y otros acontecimientos sensacionales.

Pero, desde hace algunos años, desde el año 100 (puesto que nuestra era de **EL TRAJE TURÍSTICO. O EL HÁBITO NO** denuncia latina se cuenta por la cotización de la libra esterlina en relación al franco), París se ha convertido en centro de turismo, como Arles, Clermont Ferrand o el Chateau de Blois.

Y entonces es cuando el problema de la indumentaria ha aparecido en todo su esplendor.

¿Cómo debe vestirse un turista?

Cuando se trataba de ir a Egipto, a los Alpes, al desierto, o al Polo Sur, las más elementales nociones de geografía dictaban el corte, la elección de la tela, el color y la forma y la materia del sombrero y del calzado. Pero cuando se trata de visitar, etapa por etapa, una gran ciudad que su posición geográfica pone a igual distancia de las intemperies de Stokolmo, de los calores de Siracusa, de los vientos de

las estepas y de las humedades del Misissippi, la imaginación más pobre ha entrevistado mil fantasías distintas.

Y nada práctico ha aparecido en las ideas de los sastres especialistas.

Desde hace un par de años, todo ha cambiado.

París no era más que una ciudad latina visitada por sus hermanos latinos.

Ahora, París es un Niza, un Cairo, un Mónaco, cuyos asfaltos se usan bajo los clavos o suelas de «crepe» de Leipzig, Philadelphia o Riga.

Y es desesperante.

A las once de la mañana esperaba yo a un amigo de Barcelona en el café de la Gare d'Orsay, cuando vi llegar tres jovencitas; faldas cortas color lorito sucio, fieltros color rana con una punta de pluma de gallo. Unos discos sin color definido decían en sus ojos: «vía libre», y la mirada salía a través de las gafas como un avestruz que acaba de romper su huevo. Calzados «de marches», de cuero fuerte, sin tacones, claveteados, unos bastones de montaña, las medias color de saco completaban esta vestimenta. Luego desplegaban un mapa a grande escala. Yo pensé: «Estas jóvenes viajeras no pueden esperar su llegada al circo de Gavarnie, para trazar su itinerario...»

—¡Mozo!—interpeló la mayor, con cara bde tomate—¿es esto la Opera?

El mapa era el plano de París. Recién llegadas a la capital, se aprestaban a visitarla. ¡Y para visitar París se habían comprado esos trajes de alpinistas!

París está lleno de locas como estas.

Así, de este modo, se prestan los extranjeros—los del Norte, pues los otros nunca lo serán para mí—a entrar en París. Si más tarde los encontramos nuevamente a las puertas de la Opera, de nuevo los vemos con medias y trajes de lana. El empleado de servicio levanta sus brazos impotente y desesperado. Los «turistas» han tomado la Opera por una «Terre de Silencio» en Bombay. Y asisten al teatro en traje de sport. Pero nosotros allá, aunque sea en un hotel modesto, franceses o españoles, a la hora de la cena, hay que vestirse de smoking.

Tartarín en los Alpes puede reeditarse todavía, o traducirlo al inglés, alemán, sueco y a algunas otras lenguas nórdicas...

Y ahora pienso en este amigo de Barcelona, quien, la otra noche, vestido como yo, me decía con la negligencia propia de los peninsulares para las más grandes cosas: «Cher ami, cuando yo llegaba a Fernando Póo...»

Una vez más, el hábito no hace el monje.

Estampas de Madrid

Una visita al Museo de Arte Moderno

por E. BONET

Penetramos en el Museo de Arte Moderno, y prescindiendo de las autoretratos de tanto pintor más o menos célebre—donados la mayoría de ellos por sus propios autores—, pasamos seguidamente a otra sala, encontrándonos de buenas a primeras a Doña Isabel la Católica postrada en su lecho de muerte dictando su testamento. Lo que más llama la atención de este cuadro es la roja nariz de Don Fernando, sentadito y cabizbajo a la cabecera de la cama.

Frente a este cuadro, una tragedia espeluznante se nos ofrece a la vista: «La muerte de Lucrecia». Ante ella, herida de muerte, un personaje arrogante y varonil eleva enérgicamente un enorme y afilado cuchillo de cocina de los que antiguamente se usaban. La primera impresión hace que este personaje se nos muestre como si fuera el autor de la muerte de esta desgraciada, pero después, felizmente, recordamos que es ajeno a esta tragedia, ya que Doña Lucrecia tuvo a bien terminar con su vida, asestandose hasta el puño una tremenda cuchillada, cuya herida, como es natural, fué mortal de necesidad.

En otra sala nos encontramos al pobre Séneca, que a la avanzada edad de noventa años se le ocurrió meterse en una bañera, ignorante—a pesar de su gran sabiduría—de que «de los cuarenta para arriba, no te mojes la barriga», y allí «estiró la pata», al parecer, con cierta incomodidad, por las reducidas dimensiones de la bañera, como desgraciadamente puede verse todavía.

Entierro de San Lorenzo, entierro de Santa Cecilia...

La muerte, en toda su tétrica variedad, está representada en esta sala encogiéndose el ánimo del deprimido visitante: cadáveres hallados en cloacas, entierros místicos y profanos, cementerios, cadáveres y más cadáveres...

En otras salas, tristes casos de demencia, crímenes, asesinatos con alevosía y premeditación, fusilamientos y charcos de sangre en abundancia. A gran tamaño, Doña Juana la Loca y los Amantes de Teruel.

Los llamados pintores de historia de la segunda mitad del siglo pasado—primeras medallas—, han convertido el Museo de Arte Moderno en un gran depósito de cadáveres, algunos de ellos en tal estado de descomposición, que los mismos personajes de los cuadros han de taparse la nariz y boca para librarse del horrible hedor que despide tanto cadáver de reinas, príncipes, condestables de Castilla y santos insepultos.

La religión cristiana prescribe que se debe enterrar a los muertos. El cuerpo tiene derecho a que los vivos le proporcionen una tumba decente.

En Grecia, el que encontraba un cadáver insepulto debía cubrirlo, por lo menos, con algunos puñados de tierra. Y el que pudiendo, dejaba un cadáver sin enterrar, aunque fuera el de un extranjero, se le consideraba como impío.

Ni las catacumbas de los Capuchinos de Palermo—tan bien surtidas de cadáveres—ni las catacumbas de Granajato, deben producir tan desolador espectáculo como el que ofrecen estas tétricas salas de nuestro Museo.

Ahora que el señor alcalde de Madrid parece preocuparse en ver la manera de evitar el fúnebre espectáculo de la muerte por las calles de la villa y corte, sería también obra altamente cristiana se inhumara piadosamente, y cuanto antes, los cadáveres insepultos de nuestro Museo. «Pax tibi, Coemeterium ad Catacumbas».

Actualmente, los pintores de historia—como los pintores de coches, comadronas, fontaneros, veterinarios y talleres de soldadura autógena—figuran en el Anuario «Bailly-Bailliére-Riera».

Esto puede ser un peligro. Porque así como tenemos un autor dramático que aprovecha todos los errores judiciales y las malas interpretaciones del artículo 108 del Código Civil para hacer dramas en tres actos y cumplir así con los encargos que le hacen, puede también darse el caso que los vecinos de Tresjuncos, tocados en su amor propio y afán de inmortalidad, encarguen el hecho histórico «El Error Judicial de Tresjuncos», o sea «El Crimen de Todos»—con el supuesto pastor asesinado y los supuestos asesinos—no al autor dramático aludido sino a alguno de los pintores de historia que figuran en el ya mencionado «Bailly-Bailliére», y que dicho pintor, satisfecho de su obra, mande una copia a nuestras Exposiciones nacionales de Arte pretendiendo obtener también una primera medalla.

En este caso, que Dios ilumine en su día, a los señores del Jurado para que nos libren de otro cuadro de historia que añadir a los muchos que figuran, desgraciadamente, en nuestro Museo de Arte Moderno.